

semejante al que tuvieron los censores acostumbrados entre los romanos; de cuya inspeccion era formar los registros de los vecinos, y las haciendas de los ciudadanos, para exigir de ellos los tributos que debian pagar al erario: Sanchez de Feria conjetura que equivalia al de juez ó prefecto, al cual estaba aneja jurisdiccion y administracion de justicia; pero fuese este ó cualquiera otro el cargo de censor entre los moros, es lo cierto, que lo tuvo Argimiro, y que le ejerció con aquella pureza y con aquella equidad que prometia la justificacion de su conducta, abonada con la arreglada circunspeccion de sus costumbres, y finalmente con su glorioso martirio.

S. Eulogio, historiador de sus actas, le atribuye el honroso titulo de ilustre confesor, que se daba en los primeros siglos de la Iglesia á los que confesaban públicamente la fe ante los tribunales de los gentiles; cuyo acto solemne hizo Argimiro ante los jueces agarenos, y habiendo sido privado por él del oficio de censor, se retiró á uno de los monasterios que florecian por entonces en la observancia regular, así en Córdoba, como en sus inmediaciones, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor. Cuando se vió en el claustro, quiso aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion con tanto mas fervor, cuanto era mayor el conocimiento que tenia de las estragadas costumbres del siglo, de la amargura de sus deleites, y del caduco fin de sus bienes y honores; y para satisfacer el tiempo que habia perdido, se entregó á una penitencia sin limites, á una oracion casi continua, y á los demás ejercicios que recomienda nuestra santa religion. Presto alteraron los enemigos de Jesucristo la paz interior y exterior que gozaba el ilustre monge, pues resentidos así de la pública confesion, como del rumbo que habia tomado, lo delataron al juez con la acusacion de que decia contra su profeta, que era autor de enormes falsedades, y caudillo de innumerables perdidos; colocando en esta clase á todos cuantos seguian el Alcoran. No oyó el juez la queja con indiferencia, puesto que el mayor delito que podian cometer los cristianos era hablar mal contra Mahoma; y arrebatado de un furor extraordinario, sin que precediese otra informacion que la de los delatores, mandó poner á Argimiro en una dura prision cargado de pesadas cadenas: Dió orden, pasados algunos dias, de que le condujesen á su tribunal, creyendo hallarle abatido con los trabajos y con las molestias de la prision; y luego que le tuvo á su presencia, quiso persuadirlo á que renegase de Jesucristo, y que abrazase la ley de Mahoma, valiéndose para ello tanto de promesas ventajosas, como de amenazas terribles.

Estaba Argimiro acostumbrado á ver á los héroes del cristianismo que padecieron en su tiempo con no menos honor de la religion que confusion de los infieles; y despreciando con generoso valor los partidos que le propuso el juez, ratificó de nuevo la misma confesion que antes tenia hecha á presencia de los moros. Hizo ver con una fortaleza y con una elocuencia maravillosa la verdad y la justificacion de la ley de Jesucristo abonada por la santidad de su legislador: añadió al mismo tiempo, que el autor del Alcoran era un falso profeta indigno de este titulo, inventor de ridiculos embustes, propagador de los mas enormes vicios, y causa de la perdicion de innumerables gentes, que negándose á lo mismo que dicta la luz de la razon, vivian sumergidos en una miserable constitucion, que irremisiblemente los conducia al abismo: en fin, peroró con tanto espiritu sobre la ceguedad de los mahometanos, que no pudiendo el juez sufrir por mas tiempo los desprecios que oyó contra su profeta, hizo atormentar en un potro al ilustre confesor, escediéndose de lo que sus leyes mandaban en casos semejantes; pero viendo la serenidad con que sufrió Argimiro la crueldad de aquel inusitado castigo, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, hizo por sí mismo los oficios de verdugo, atravesándole el cuerpo con un alfanje tal dia como hoy en el año 856, que fué el de su glorioso martirio. Pusieron los moros el venerable cadáver en un palo á la vista de la ciudad, donde se mantuvo algunos dias, para que sirviese de terror á los cristianos; pero teniendo arbitrio un piadoso monge para recogerlo, le dió sepultura en la iglesia de S. Acisclo, junto á la de S. Prefecto.

Halláronse y están hoy sus reliquias en la parroquia del apóstol S. Pedro de Córdoba.

SAN IRENEO, OBISPO Y MÁRTIR.

DE S. Ireneo, obispo de Leon de Francia, escritor sapientísimo y mártir fortísimo del Señor, algunos autores, como Eucumenio y Anastasio Sinaíta, patriarca de Antioquia, dicen, que fué francés de nacion, y le llaman por esto *Leonés*; pero lo mas cierto es, que nació en Asia; porque él mismo escribe de sí, que siendo muchacho oyó á S. Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo que habia sido del amado Apóstol del Señor, y conoció y trató á Papias, y otros varones apostólicos de aquel dichoso y bienaventurado siglo; y por esto S. Jerónimo le llama *varon de los tiempos apostólicos*; y Tertuliano, *diligentísimo investigador de todas las buenas letras*; y S. Epifanio, *santísimo y an-*

tigo teólogo, y sucesor de los Apóstoles. Y puede ser que los que le llaman Leonés, le llamen así, no porque nació en Leon, sino porque fué obispo de Leon, adonde fué enviado desde Asia de S. Policarpo su maestro, para alumbrar con la luz del Evangelio aquella ciudad; y él lo hizo maravillosamente, enseñándola con la doctrina del cielo é inflamándola con su santísima vida; y fue esto de manera, que, como dice Gregorio Turonense, en breve tiempo la convirtió toda á la fe de Cristo nuestro Redentor con su predicacion; porque S. Ireneo fué varon de excelente ingenio, grandes y varias letras, y sobre todo de un espíritu apostólico y divino, tal como convenia que fuese el que habia bebido de aquella sagrada fuente de Policarpo, Papias y otros varones apostólicos y discípulos de los Apóstoles del Señor.

En su tiempo, y siendo aun presbítero, hubo en Leon muchos santos mártires que murieron valerosamente por la fe de Cristo nuestro Salvador, y se ofrecieron algunos negocios graves y cuestiones eclesiásticas, por las cuales la iglesia de Leon envió á Roma á S. Ireneo, su presbítero, para que las tratase y confiriere con S. Eleuterio papa, que á la sazón presidia en la Iglesia universal del Señor; al cual los santos confesores que estaban aherrrojados en las cárceles, y todo el clero é iglesia de Leon, escribieron una carta con el mismo S. Ireneo, en que con grande encarecimiento dan testimonio de su insigne santidad y doctrina, y de las otras partes aventajadas que Dios le habia dado para tanta gloria suya y bien de su Iglesia. Llegado á Roma, fué recibido del santo pontífice Eleuterio con mucha benignidad, y concluyó felizmente los negocios que llevaba á su cargo; y entre otras ocupaciones que allí tuvo, fué una muy particular, informarse é investigar los ritos, costumbres y tradiciones, y toda la disciplina eclesiástica que los gloriosos príncipes de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo habian enseñado á la Iglesia romana, y despues de mano en mano se habian guardado en ella; porque le pareció que las tradiciones apostólicas son una arma muy fuerte contra los herejes, y contra todas las nuevas invenciones y errores de la gente descaminada. Algunos dicen, que S. Ireneo esta vez pasó de Roma á Asia, enviado tambien de la iglesia de Leon, que sentia mucho el haberse levantado en aquella provincia algunas herejias, y deseaba que un varon tan señalado como él era, las atajase, y diese á entender á los católicos la union que deben tener entre sí; que siendo todos miembros de una misma Iglesia, nos debemos compadecer y tener por propios los trabajos unos de otros, especialmente en materia de la santa fe. Puede ser que S. Ireneo haya ido con esta ocasion á

Asia; mas ni Eusebio en su historia, ni S. Jerónimo, escribiendo de él, hacen mencion de esta jornada.

Volvió, pues, el Santo de Roma á Leon, donde su santo obispo Potino, siendo de noventa años, habia sido martirizado, y por voluntad de Dios fué elegido S. Ireneo de todo el pueblo cristiano por sucesor de Potino, padre y pastor de aquella iglesia; en la cual trabajó mucho, é hizo grandísimo fruto con su santísima vida y con sus escritos, y con la sangre que derramó por Cristo: porque primeramente procuró recoger la grey, que estaba asombrada y descarriada con la persecucion; animar á los flacos; detener á los que iban á caer; levantar á los caidos; consolar á los afligidos; proveer á los necesitados; y con sus consejos, palabras y obras, dar remedio y alivio á todos los que le habian menester. Y no se contentó el santísimo prelado con gobernar tan santamente su iglesia, y apacentar el ganado que Dios le habia encomendado, sino que era tanta su caridad y el fuego del amor divino que ardia en su pecho, que procuró desarraigar la gentilidad de las provincias comarcanas, y que fuesen cultivadas por manos de labradores y ministros evangélicos; y para esto envió á la ciudad de Besanzón á Ferriol, presbítero, y á Ferrucion, diácono, y á la de Valencia á Felix, presbítero, y Aquileo, diácono, y á Fortunato, para que alumbrasen aquellos pueblos con el resplandor de la doctrina evangélica, y librándolos de la tiranía de Satanás, los sujetasen al suave yugo del Señor. Y porque en su tiempo muchos herejes hacian guerra á la Iglesia católica, y Valentino Marcion y otros monstruos la pretendian inficionar; S. Ireneo tomó la mano, y escribió en griego divinamente contra ellos, deshaciendo sus tinieblas y errores, y declarando la sincera y verdadera doctrina que él habia aprendido de los varones apostólicos, que (como habemos dicho) habian sido sus maestros. Y para que sus libros fuesen trasladados fielmente, puso en ellos al fin una cláusula, que por ser rara y de este Santo la quiero poner aquí: *Yo te conjuro (dice) á tí, que traslades este libro por Jesucristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, y por su glorioso advenimiento, por el cual ha de juzgar á los vivos y á los muertos, que despues que le hubieres trasladado, le confieras y enmiendes diligentísimamente con el original de donde le trasladaste, y que en tu traslado escribas tambien esta mi peticion y protestacion, como está en su original.* Esto es de S. Ireneo. En otra cosa asimismo mostró su gran zelo, espíritu y prudencia; porque habiéndose levantado una muy renida cuestion en la Iglesia de Dios acerca del tiempo en que se habia de celebrar la Pascua de Resurreccion, queriendo por una parte

algunas iglesias de Oriente y muchos santísimos y gravísimos varones que se celebrase á los catorce días de la luna de marzo (como la celebró Cristo nuestro Redentor, segun la ley vieja, y ahora la celebran los judíos), y por otra S. Victor papa, que ya era vicario del Señor en la tierra, que se celebrase el primer domingo siguiente en que el Salvador habia resucitado, por haberlo enseñado así el príncipe de los apóstoles S. Pedro y por no conformarnos con los judíos; creció tanto esta riña y controversia, que S. Victor papa estuvo para escomulgar y apartar de la Iglesia á todos los que sentian y seguian lo contrario. Pero san Ireneo se puso de por medio, y suplicó al santo pontífice que templase su justo zelo, y se fuese poco á poco en aquel negocio tan importante, y que no cortase con rigor los miembros de la Iglesia, sino que los curase y procurase sanar con suavidad y blandura; y escribió juntamente á los santos prelados y á las iglesias que eran de contrario parecer, que obedeciesen al santo pastor y se sujetasen á lo que la Iglesia romana, que es maestra y cabeza de las demás, mandase; y con esta divina prudencia alojó el papa y obedecieron los demás, y sin escándalo ni quiebra la tradición apostólica y uso de la sacrosanta Iglesia romana quedó en su vigor y fuerza.

Habiendo pues, muchos años gobernado S. Ireneo su iglesia, y resplandecido con tan insigne santidad, doctrina y merecimientos, en el tiempo que fueron emperadores Marco Aurelio Antonino el Filósofo, y Commodo su hijo, y Elio Pertinax; sucedió en el imperio Septimio Severo, inimicísimo de cristianos, que movió la quinta persecucion contra la Iglesia; la cual fué muy cruel, especialmente en Leon de Francia y en toda su comarca, donde Severo antes de ser emperador habia gobernado. Derramó tanta sangre de cristianos el severo y cruel emperador, que S. Gregorio Turonense afirma que corrían arroyos de sangre por las calles de Leon; y S. Ireneo, como pastor vigilante y capitán esforzado, murió en esta persecucion con casi toda la ciudad, por los años del Señor, segun el cardenal Baronio, de 205; siendo (á lo que algunos escriben) el santo prelado de edad de noventa años y habiendo tenido aquella iglesia sesenta. Padeció el Santo muchos y graves tormentos antes que le matasen, y fué el día de su martirio á los 28 de junio, en que la santa Iglesia le celebra, y le señala el Martirologio romano, y el de Beda, Usuardo y Adon. Su sagrado cuerpo recogió un presbítero llamado Zacarias, y le puso lo mejor que pudo en un lugar decente; y despues que los cristianos tuvieron paz, siempre fué tenido en gran reverencia en la ciudad de Leon, hasta

que en nuestros tiempos tan tristes y calamitosos, el año de 1562, los herejes calvinistas y hugonotes del reino de Francia, armados de impiedad, hierro y poder, arruinaron todo aquel reino, y tomaron, saquearon y asolaron muchas ciudades, derribando los templos y monasterios y cosas sagradas de ellos, sin perdonar á las reliquias de los Santos, á las cuales el fuego y el agua, los leones, osos, tigres y otras bestias fieras habian perdonado, y mostrando su rabia y furor contra aquellos preciosos miembros, delante de los cuales los mismos demonios tiemblan. Entre las otras ciudades que estas fieras infernales abrasaron, fué una la ciudad de Leon; en la cual despues de haber robado el arca preciosa donde estaban las reliquias sagradas de S. Ireneo, las tomaron con increíble y bárbara violencia, y las echaron en un arroyo, y jugaron con su santa cabeza, llevándola con los pies por las calles, y cansados la dejaron por voluntad del Señor en un charco de agua, y un cirujano católico la recogió secretamente y guardó en su casa hasta pasada aquella tempestad; y trocadas las cosas, siendo ya rey de Francia Carlos IX., cristianísimo príncipe é inimicísimo de los herejes, la ciudad de Leon tuvo quietud, y el arzobispo, el clero, el magistrado y toda la ciudad, con una general y solemne procesion sacó la cabeza y las otras reliquias del Santo de los lugares donde estaban, y las colocaron honoríficamente en la iglesia de su nombre, como lo refiere el P. Francisco Faverdencio, de la órden de los Menores, y doctor teólogo, en la vida que escribió de S. Ireneo, y puso en el principio de las obras del mismo Santo, las cuales él ilustró con sus doctas anotaciones.

La misa es en honor de S. Leon papa, y la oracion la que sigue:

O Dios, que al bienaventurado pontífice Leon le hiciste igual en merecimientos á los santos; concédenos benigno que imitemos los ejemplos de su vida, ya que celebramos la memoria de su fiesta. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 7 de la de S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para inter-

ceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor, ofreciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

Asombro es que sean tantos los que se alucinan en punto de devocion. Solo con poner los ojos en Jesucristo encontraremos el verdadero modelo. Es santo, inocente, sin mancha, separado de todo comercio con los pecadores. Santo, porque es la santidad misma: inocente, porque aunque se unió con nuestra naturaleza, no contrajo la mancha de la culpa: separado de todo comercio con los pecadores, porque no participó con ellos del pecado. Este es el modelo de la verdadera virtud cristiana: corre peligro de que se forme una idea falsa de la virtud siempre que se pierda de vista este divino prototipo; y esto es lo que se practica con demasiada frecuencia en nuestros dias.

Fingese no sé qué voluntario sistema de una virtud dulce y acomodada, siempre de acuerdo con el amor propio; siempre de inteligencia con la pasion dominante; siempre conforme al genio y al natural: es una virtud de temperamento y de humor, muy dependiente del capricho, la cual inclina á servir á Dios, no como su Majestad manda, sino como á cada uno le acomoda. No tanto se busca la virtud como las alabanzas que la siguen: se solicitan sus privilegios, pero huyendo el hombro á sus cargas; se quiere ser devoto, pero sin cuidar de ser santo.

Con tanta destreza remeda la falsa virtud á la verdadera, que es muy fácil equivocarse: nada cuesta al amor propio la simulacion, la máscara y el artificio. Ni cierto aire, ni cierto tono de voz, ni cierta esterioridad de virtud son siempre incompatibles con las pasiones domesticadas. El genio nunca renuncia del todo sus derechos, y cuando menos se piensa vuelve á salir al teatro. Al mismo tiempo que la boca dice quiere ser toda de Dios, las obras son todas del mundo, todas del interés, todas del amor propio. El gusto, ó por mejor decir, el capricho arregla los intervalos de devocion. Prevenidos á favor de aquellas buenas obras que se conforman con nuestro genio, no solo se practican con vivacidad, sino con cierta especie de pasion y de vehemencia, algunas virtudes morales. Pero la humildad, la caridad, el

espíritu de mortificacion, el puro y sincero deseo de agradar á solo Dios, se debilitan; y si no se está muy sobre aviso contra las ilusiones del propio corazon, todo contribuye á fomentar el amor propio y la vanidad. De aqui proviene que se hacen tantos progresos en la estimacion de si mismo, cuantos pasos se juzga erradamente que se adelantan en la perfeccion. Y una vez arraigado el orgullo en el alma no hay que preguntar cómo se precipita y se pierde; mas natural seria preguntar cómo era posible que dejase de perderse.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia VI, pág. 114.

MEDITACION.

De la fidelidad á las gracias de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todos somos, por decirlo asi, unos administradores del Padre de familias, segun el pensamiento del mismo Cristo, en cuyas manos y á cuyo cargo pone sus bienes. Somos unos criados suyos, entre los cuales distribuye sus talentos y su caudal, á unos mas, á otros menos, segun su capacidad, ó por mejor decir, segun sus altos designios; pero á todos lo bastante para hacer fortuna en el negocio de la eternidad. Comprende ahora la fidelidad con que se debe corresponder á la gracia, cuando por no haber negociado con su talento por pereza, ó cuando mas por cobardía, fué reprobado uno de aquellos siervos.

Es la gracia la voz del mismo Dios que nos llama: ¡con qué estimacion debemos oirla, y con qué docilidad obedecerla! Es una visita que nos hace: ¡con qué respeto y con qué humildad la debemos recibir! Es un amoroso cortejo, por explicarme de esta manera, para ganar nuestro corazon: ¡con qué fineza le debemos corresponder! ¡qué desprecio haríamos de su Majestad, si no le quisiéramos oír cuando nos habla; si no le recibiéramos cuando nos visita; y si le volviéramos la espalda cuando nos corteja! ¿podria llegar á mas nuestra ingratitud y nuestra irreligion? Pues eso hacemos puntualmente cuando somos infieles á la gracia. ¿Cómo se vengará el Señor de este desprecio? Retiraráse si no le queremos escuchar, ó callará; silencio mas digno de ser temido, que todas sus amenazas. Si no le abrimos la puerta, se retirará; retiro más funesto para nosotros que todas las demostraciones de su ira. Si le volvemos las espaldas, nos

abandonará; abandono mas terrible que sus mayores castigos. No dejeis, Señor, de hablar, porque vuestro siervo oye; no me dejeis de buscar, pues soy oveja descarriada. Conozco ya que vuestra divina gracia se va en fin apoderando de mi corazón, y que quiero de buena fe apartarme de mis descaminos; acabad por vuestra misericordia, esta grande obra, pues ya no quiero sepultar los talentos que os dignasteis confiarme.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la gracia es el precio de la sangre de todo un Dios, y el fruto de su muerte. Si es el precio de la sangre de todo un Dios, ¿no valdrá algo? ¿y qué estimación debemos hacer de ella? Si es el fruto de su pasión y de su muerte, ¿qué virtud tendrá? ¡y con qué cuidado debemos aprovecharla! Ser infiel á la gracia, hacerla resistencia, es, segun el lenguaje del Apóstol, poner debajo de los pies la sangre de Jesucristo. ¡O Dios, y qué profanación! ¿Pero no tendré yo parte en ella, no seré culpable? ¿y puedo conocer que lo soy sin llenarme de horror? Ser infiel á la gracia es aniquilar la virtud de su pasión: ¡qué impiedad, qué fea ingratitud! ¿Aquella divina sangre pisada y atropellada no dará mas gritos que la de Abel, no ya para pedir misericordia, como lo haria si la hubiéramos respetado, sino para pedir venganza contra los que la profanan? Y si yo soy de este número, ¿qué deberé esperar? Si el principio de nuestra eterna dicha, y el fundamento de nuestra esperanza se convierten en ocasion de nuestra eterna ruina y de nuestra perdicion eterna, ¿cuál será en adelante nuestro recurso?

Es la gracia el principio de todos nuestros merecimientos, el manantial de todas nuestras virtudes, la semilla de nuestra bienaventuranza. Si soy infiel á la gracia, ni puedo atesorar méritos, ni puedo adquirir virtudes, ni puedo afianzar en nada mi salvacion. Despreciar la gracia es menospreciar y abandonar la virtud; ser infiel á la gracia es privarse uno á sí mismo del único medio que hay para atesorar inmensos merecimientos; resistir á la gracia es renunciar por entonces la esperanza de su eterna salvacion. Pues si abandono la virtud, si malogro la oportunidad de amontonar merecimientos en las frecuentes ocasiones que se ofrecen; si renuncio la esperanza de mi eterna salvacion, de la cual era prenda segura la gracia, ¿en qué podré yo parar sino en ser un malvado, un miserable y un réprobo? Todos los bienes nos vienen con la gracia; si pierdo la gracia, perdilos todos.

¡Dios mio, y qué poco he sentido hasta aquí mi triste suerte! ¿qué deberé pensar yo de mis pasadas ingratitudes! Las lloro,

las abomino, las detesto; y contando mas que nunca con vuestra divina gracia, me atrevo, Señor, á prometeros que corresponderé á ella con fidelidad.

JACULATORIAS. — Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, y yo os restituiré todo lo que os debo. (*Matth.* 18.)

Lleno de confianza en vos me atrevo á prometeros que ya no seré infiel á vuestra gracia. (*Job* 27.)

PROPOSITOS.

1 Preciso es que no hayas conocido bien lo mucho que vale la gracia del Señor, cuando la has resistido con tanta obstinacion, y tantas veces la has desestimado. ¡Cosa estraña! el menor revés de la fortuna nos pone inconsolables; la mas mínima pérdida nos inquieta y nos hace enfadosos. ¡Cuanto sobresalta, cuánto turba el miedo de perder la gracia del principe, y tal vez de un mero particular! Pero la gracia de Dios se pierde con la mayor frescura; se desprecia alegremente, y cien veces al dia se falta á su servicio; sin dársele á uno nada, y aun falta poco para celebrar la hazaña. Indignase cualquiera contra sí mismo, cuando se aplica á reflexionar mas de cerca esta irreligiosa conducta; ¿qué será en la hora de la muerte, cuando se presenten de monton y sin disfraz todas nuestras infidelidades, y concurran todas á darnos en rostro con nuestra ingratitud? Preocupa desde luego un arrepentimiento y una confusion tan bien fundada. Examina cuidadosamente cuales son en particular tus infidelidades á tales y tales inspiraciones, á tales y tales piadosas sollicitaciones de la gracia, á los consejos de tus directores, y á las órdenes de tus prelados. Pon luego fin á ellas, y comienza desde este mismo dia á ser exacto, regular y escrupulosamente fiel á los impulsos de la gracia.

2 Esta fidelidad procura que sobre todo se manifieste, primero: En el exacto cumplimiento de las obligaciones de tu estado. Segundo: En la rectitud de tus máximas y regularidad de tus costumbres. Tercero: En la frecuencia de sacramentos; arregla los dias de confesion, y jamás te dispenses en ellos con ningun vano pretexto. Cuarto: Sé puntual en oír misa todos los dias, en tener un rato de oracion mental, y en hacer todas las noches el exámen de conciencia. Quinto: Cumple fielmente con tus devociones cada dia, y no omitas aquellas pequeñas mortificaciones que te has impuesto, ó que te han aconsejado. Sexto: Tampoco omitas ninguna de las buenas obras que acostumbras, como vi-

sitar los enfermos en los hospitales, ó los pobres vergonzantes de tu parroquia en sus casas, dar ciertas limosnas secretas, y visitar á ciertas horas del día el Santísimo Sacramento. Séptimo: Sé puntualísimo en el cumplimiento de ciertas devociones particulares, que debes rezar á la santísima Virgen, siendo constante en ellas con la mayor perseverancia. Ninguno de estos santos ejercicios has de dejar, porque fomentarán admirablemente tu fidelidad.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRANSITO DE LOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO, en Roma, los cuales en un mismo año y en un mismo día padecieron el martirio siendo emperador Neron: SAN PEDRO fué crucificado cabeza abajo en la misma ciudad, y lo enterraron en el Vaticano, junto á la via Triunfal, en donde le venera todo el mundo: SAN PABLO fué degollado y sepultado en la via Ostiense, donde es igualmente venerado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN MARCELO, mártir, en Argenton; el cual por la fe católica fué degollado juntamente con SAN ANASTASIO soldado.

EL TRANSITO DE SAN SIRO, obispo, en Génova.

SAN CASIO, obispo de Narni, en la misma ciudad; del cual escribe S. Gregorio, que apenas pasó día alguno de su vida en que no ofreciese al omnipotente Dios la hostia propiciatoria: con lo cual concordaba su modo de vivir, pues cuanto tenia lo repartía entre los pobres; y cuando ofrecía el sacrificio de la misa se derretía en lágrimas: finalmente el día de la festividad de los santos Apóstoles, en que por costumbre pasaba todos los años á Roma, habiendo celebrado la misa y dado la comunión al pueblo, despues de echarle la bendicion voló al Señor.

SANTA MARÍA, madre de Juan llamado Marcos, en Chipre. (De esta santa discipula del Señor no se tienen mas noticias que las que nos da S. Lucas en las Actas de los Apóstoles, diciendo: «Y mientras que Pedro era guardado en la cárcel la Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él... Y he aquí sobrevino el ángel del Señor y tocando á Pedro lo despertó y le dijo: Levántate pronto; y cayeron las cadenas... y salió... y Pedro fué á casa de Maria la madre de Juan, que tenia por sobrenombre Marcos (diverso de Juan el Evangelista) en donde estaban muchos congregados y orando.» Conjeturan algunos no sin fundamento que fué esta Santa otra de las mujeres que siguieron siempre á Jesucristo, al cual hospedó en su casa diferentes veces. Despues de la Ascension del Señor se fué á Chipre con S. Bernabé, y murió en esta isla á fines del primer siglo.)

SANTA BENITA, virgen, en territorio de Sens. (Algunos suponen que vivió en Cádiz.)